

su voluntad á su conciencia. Y entonces, ella misma se acusaba y escribía cartas como ésta, que vamos á traducir á la letra, dirigida en los momentos de tramarse la confabulación á su amante Bothwell: «Ahora, caro amigo mío, puesto que, por complaceros, no ahorro ni honor, ni conciencia, ni peligros; y arriesgo hasta mi propia grandeza, cualquiera que sea, os ruego que lo echéis todo á buena parte sin juzgarme como vuestro falso cuñado, á quien os ruego no prestéis crédito en sus apreciaciones contra esta mujer, la más fiel amiga que podéis tener en el mundo. No atendáis tampoco á las fingidas lágrimas de vuestra esposa; lágrimas que no deben pesar tanto en vuestro ánimo como los dolores que por vuestro amor yo sufro, á fin de ocupar su puesto, por cuyo logro he traicionado, contra mi propio natural, á cuantos podían impedírmelo. Que Dios me lo perdone.» ¡Oh! No habrá perdón para ella. Y lo hemos dicho ya, y lo repetimos ahora; no puede humanamente haberlo. Ninguno de los actores varios que desalmados entran á una en esta horrible tragedia, ninguno tan criminal como la Reina. Las responsabilidades crecen á medida y proporción del poder de quien las contrae. Y la esposa, la madre, la Reina, la que ha compartido la mesa, la corona, la cama con un príncipe; y luego, por satisfacer otra pasión criminal, que no debió jamás haber nacido en su pecho si luciera un destello de luz en su conciencia, trama cobarde y traidoramente, valiéndose del propio amor que inspira, una muerte tan criminal, no puede no, hallar excusa, ni atenuación á su crimen, aunque provoque á piedad la inflexible justicia de su castigo. Todavía no se ha escrito la historia desde el punto de vista moral; todavía no se ha levantado el genio que llamando las generaciones muertas á un Josafat espiritual, demuestre cómo se distribuyen los premios y los castigos aquí en la tierra, y cómo encuentra pronto su sanción la ley moral vulnerada. Y si este juicio pudiera celebrarse ¿cómo respondería la infeliz Estuardo, cuando le preguntara en sus frías interrogaciones la justicia humana qué había hecho de su esposo? María envió, así que Darnley anunciara su propósito de reunirse con ella, el esbirro *Paris* á Bothwell, á fin de que fijase con seguridad matemática el sitio donde había de alojarlo, para mejor venderlo. Con esta embajada horrible, envió también á su amado bolsa bien provista de sonantes escudos, y joyas y bordados, obras de sus veladas é insomnios. Al mismo tiempo le decía como se necesitaba renunciar por completo para el alojamiento de Darnley al palacio Holyrood, en que se alojaba el príncipe heredero. Efectivamente, Bothwell designó el sitio más apropiado á la premeditada traición. Era éste un espacioso campo, especie de retiro, á las puertas mismas de Edimburgo, y designado con el nombre de Kir of Field. Extenso parque, amenas florestas lo cortaban en todas direcciones. Un monasterio de dominicos se alzaba en su centro. Había en tal espacio dos casas de campo, una cómoda y grande, perteneciente al duque de Chatellerauld, señor de la nobleza; y otra, estrecha y solitaria, perteneciente á Roberto Balfomd, uno de los principales conjurados, que acababa de poner su firma sin escrúpulo al pie del pacto conve-

nido y arreglado entre todos los conspiradores para matar á Darnley. Llamábase su casa del Prebendario, y fué designada y escogida por su aislamiento en lo más recatado del parque, y por su propia pequeñez. Habíase, pues, apercibido bien la trampa, pues por pequeña, estaba la presa más á disposición y alcance de los cazadores; y por solitaria y aislada, no podían oirse los gritos de la víctima. Bothwell mandó á María con *Paris* la designación exacta del sitio donde había de cometerse la gran maldad, y además un brillante preciosísimo en forma de corazón. Más duros y más fríos que aquella piedra eran ciertamente los dos corazones de Bothwell y María. No había casa menos propia, y peor dispuesta, para el alojamiento y habitación de tan altos personajes. Dos habitaciones tenía en cada uno de sus dos mezquinos pisos; abajo una cochera, con la cual se comunicaba un gabinete, y arriba, sobre la cochera, una galería, y otro gabinete sobre el gabinete. Por escalera secreta estos dos gabinetes se comunicaban interiormente. El de arriba fué destinado al Rey, el de abajo á la Reina. Convirtiósese la cochera en cocina, y la galería en dormitorio de la servidumbre del Rey; por manera que toda una Reina de Escocia debía dormir junto al sitio incómodo siempre, donde se preparaba la comida; y todo un Rey junto á las camas de su propia guardia. El aposentador enviado por Darnley á preparar el alojamiento no pudo menos de observar su estrechez y pedir el otro más amplio, y allí cercano por corresponder mejor á la comodidad del Monarca. Pero la Reina, que recibiera de su amante orden expresa y clara para disponer y apercibir el sitio más apropiado al crimen, quitó de la mente del aposentador todo propósito de ir á ninguna otra parte so pretexto de que hallándose Darnley en la convalecencia de mal tan grave como la viruela, necesitaba de sitio tan aireado como el Prebendario. No había remedio; aquella casa estaba en los proyectos de Bothwell apercibida para el asesinato, y en aquella casa debían necesariamente y sin remedio, encontrarse la víctima y el asesino. Darnley se dirigía en pos de los brazos de su esposa, cuando aquellos brazos eran los brazos de la muerte. El Rey se partió, al fin, de su retiro al retiro preparado por María. Convaleciente de su gravísima enfermedad, iba en litera y á cortas jornadas. Enviábale de continuo la Estuardo precipitados emisarios para saber con certeza día y hora de llegada. En cuanto lo supo, escribió al amado de su corazón, y jefe de los asesinos, estas breves palabras en siniestro billete: «Según el encargo que me habéis dado, aguardo á vivir conmigo el lunes á nuestro hombre». De vez en cuando siniestros presentimientos cruzaban, desgarrándolo, por el corazón de Darnley. Cuando su poco seso lograba sobreponerse á su mucho amor, veía claramente innumerables traiciones en todos los actos de la fementida esposa. Pero luego, el deseo de volver á poseerla y la necesidad imprescindible para su corazón de amarla, se sobreponía en él á todo, y lo arrastraba irremisiblemente al precipicio. Y sin embargo, la Reina, por mucho que le aborreciera, debía considerar que aquel hombre no encontraba otra fianza sino su promesa de amarlo en adelante, y debía, por confiado, parecerle

sacratísimo. Los amigos y los consejeros, que jamás en la vida faltan por fortuna del mundo, ni á seres tan desgraciados como Darnley, preguntábanle qué seguridad tenía de consideración y de respeto por parte de la Reina. Y él respondía que ninguna; pero que, por lo mismo, se hallaba dispuesto á seguirla, pues no podía vivir sin ella, siquier lo arrastrase á la muerte y después de la muerte al infierno. Entristecido por estos presentimientos, pero resuelto á morir junto á su ídolo, entró Darnley bajo el techo, que debió pesar sobre su cabeza como la losa de un sepulcro. Pero antes que él había ya entrado Bothwell. Como hemos dicho, María se instaló en el piso bajo, y Darnley en el piso principal de la casilla, comunicándose los dos gabinetes por una escalera interior. Para continuar el engaño, María no tuvo inconveniente alguno en fingir lo que no puede fingirse, un gran amor, y contestar á las caricias del esposo con redobladas caricias. Pero tal situación extraña no podía prolongarse mucho tiempo. Aunque muy consumada en fingir, temía la Reina revelar por algún acto indeliberado y por alguna impremeditada frase la triste realidad del fingimiento. Y los halagos continuos de Darnley servían tan sólo para exacerbar sus antiguas y arraigadas repugnancias. Al mismo tiempo los disimulos de María, impuestos por Bothwell para el mejor logro de su crimen, inspirábanle recelos y sospechas. La taimadísima y traidora, de tal suerte fingía, que daba visos de verdad á sus fingimientos; y estos visos de verdad, encelando á Bothwell, precipitaban la catástrofe. Así, pues, como no pudiera contener caricias indispensables para el éxito próspero de la infame conjuración, trataba, por todos los medios, de acelerarla, y salir pronto de la doble incertidumbre á que se hallaban condenados su amor y su ambición. Pero las lentitudes indispensables á la realización de tan vastos proyectos retenían á los dos esposos bajo el siniestro techo; y ya retenidos allí, diríase que resucitaban los días risueños de la luna de miel, cuando pasaban juntos la vida bajo las risueñas alas del primer amor. Nunca se creyó Darnley tan amado como en aquel momento, cuando nunca jamás había sido ella tan pérfida y traidora. Las sospechas se fueron, como se van las sombras de la noche al despuntar el alba, esa esperanza del día. Darnley se sintió revivir, cual si hubiese vuelto la primavera de inesperada felicidad á mover y colorear la sangre de sus venas. Y María, satisfecha de su destreza en el engaño, dábale con abandono á requerirlo de amores, y abrazarlo, sin demostrar, ni por actos ni por palabras, que abrazaba la infame á un cadáver. Sobre aquellas guirnaldas de ilusiones y esperanzas que ceñía el pobre Darnley á sus sienes, tendíanse ya las espesas mallas del triste cepo, en que debían cogerlo y apresarlo. El número de conjurados aumentaba diariamente; y componía un ejército. No se contentaba el asesino con tener á su alrededor grandes y antiguos y formidables partidarios, empeñados en la trama por exigencias políticas; necesitaba una muchedumbre de aviesos espías y malvados homicidas. Llevado de tal propósito congregó junto á sí é inició en la conjuración, á su ayuda de cámara, y á su sastre, y

á su portero, y á varios esbirros duchos en espiar al enemigo en las guerras feudales, y á varios bravos, de antiguo acostumbrados á la matanza. Cada cual recibía un arma forjada para el caso adrede, como si en vez de matar á un hombre, hubieran de matar á una legión. Fabricáronse llaves dobles para entrar y salir los asesinos, cual pluguiese á su capricho, en la mansión del Monarca; y apercibiéronse barriles de pólvora con el fin de hacerla saltar para que no quedase ni rastro siquiera de tan horrendo crimen. El menos enterado del proyecto era el que más á su logro había contribuido con sus embajadas y con sus comisiones, el espía *Páris*. Mas acercándose á todo andar el momento supremo, era necesario industrialarlo en todos sus secretos. Llamóle á cuentas Bothwell un miércoles del mes de Febrero en el año 1567. Acostumbrado al crimen, aquel hombre no debía mostrar extrañeza, cuando supiera lo acordado; y la mostró, por superar aquella maldad en protervia y horror á todas cuantas maldades viera tan mal hombre en su malísima existencia. Él mismo confesó que, al saberlo, quedára frío como una estatua, y no tuviera cosa que decir en respuesta. La turbación del criminal desconcertó al prócer, quien le preguntó nuevamente qué pensaba de aquello. *Páris* balbuceó algunas palabras confusas en cuya confusión se notaba la estima que hacía de caso tan grave. Y al verlo así desconcertado Bothwell preguntóle con sonoras carcajadas y acerbo sarcasmo si pensaba meterse á predicador. Y entonces *Páris*, más animado, le respondió que no necesitaba un hombre como él meterse á eclesiástico, para presentir y anunciar cuánto había de daño para él y para su dueño mismo en complot tan terrible. «No seas bestia, le dijo Bothwell. ¿Crees que hago yo todas estas cosas por mí mismo?» El pobre criado mucho más sabio que aquel soberbio señor, y mucho más advertido por su buen consejo de los enormes peligros que todos corrían, insistió en disuadirle de sus propósitos, y en aconsejarle una inmediata suspensión á todas aquellas maniobras. Mas no había remedio. El caballero feudal á quien *Páris* acompañara en todos sus riesgos, arguyóle con acierto de cobarde, y á un argumento así no se resistía jamás el bravo, el condotiero, el espía, el esbirro, el asesino de aquellos tiempos. *Páris* entró con desmayo de la voluntad, con repulsión de la conciencia, en horrible trama; pero entró al cabo, porque tales hombres no se pertencían á sí mismos, y resultaban á la postre de todas estas complicaciones tristísimas, ciegos y meros instrumentos de la voluntad superior, á la cual se hallaban como vinculados y adscritos. Así, prontamente, sin más resistencias, tomó en las confabulaciones parte activa, encargándose de forjar las dobles llaves; elegir el sitio mejor en el Prebendario para colocación de la cama donde iba María en aquellas noches á dormir; juntar los instrumentos necesarios á la perpetración del crimen, como espadas, puñales, y barriles de pólvora. Y *Páris* fijó el día de la comisión del delito, es á saber, el domingo 9 de Febrero del año 1567. Era la noche aquella obscurísima noche, como la proterva conciencia de los que habían concebido é iban á ejecutar el crimen. La bóveda celeste se obscurecía, cual

si no quisiera presenciar tantas maldades, y cegara profundamente, sumergiéndose, con horror, en las tinieblas, á fin de no prestar la luz de los astros á la conciencia de los asesinos. El Rey consorte se hallaba, por aquellos días, en serena tranquilidad, ageno á toda sospecha, y confiado, según las caricias de María, en el recobro y posesión de aquella idolatrada mujer, á cuya presencia sentía conmovidas y exaltadas todas sus pasiones y despiertos y exacerbados todos sus deseos, amándola con el amor veheméntísimo, que solía inspirar al corazón de cuantos la rodeaban con sus halagos embusteros y con sus seductores hechizos. Y si hubiera el Rey parado mientes en todo cuanto á su alrededor sucedía por aquellos momentos, adivinara ó presintiera, sin remedio, alguna triste tragedia de las usuales en aquellas cortes y en aquellos tiempos. Los conspiradores no se recataban gran cosa, y so pretexto de arreglarlos y componerlos, metían infernal ruido en los bajos de aquella estrechísima caseta, especie de trampa, donde los cazadores tenían presa y segura su caza. Los barriles de materias explosibles habían rodado sin disimulo á la vista de todos. La cama de María Estuardo habíanla trasladado sin reserva, desde un punto á otro punto de la estancia, porque donde antes yacía era el punto designado para centro de la mina y foco de la explosión, que había de arrojar por los aires la regia vivienda con todos sus habitantes. Para mayor delación del plan horrible por los hechos externos, habíanse probado llaves dobles, y puesto por do quier palanquetas con otros instrumentos, y desposeidose á las habitaciones bajas, donde pernoctaba la Reina, de todos los objetos de valor y mérito, como tapices de Arras, sillones de terciopelo, y alfombras de plumajes. El amor había puesto veloupidísimo en la mirada tanto interna como externa del infeliz Monarca; y sus ojos deslumbrados, sólo veían los ojos de su amada, y su corazón, de placer henchido, sólo acertaba, en aquel arrobamiento, á oír los latidos del corazón de María, en el cual se compendia para tan rendido amor toda la existencia. Estaba minado el suelo, preparadas las llaves, puesto el barril bajo la cama regia, designada la hora de media noche á la comisión del crimen, apercebidos los regicidas, formuladas las consignas, arreglado todo, cuando María Estuardo á eso de las nueve, apareció, radiante de alegría en la regia estancia del cuitado esposo, próximo á la muerte. Nunca estuvo, ni tan regocijada, ni tan seductora. Sus ojos centelleaban amor; sus labios despedían aquel aroma voluptuoso, que, á guisa de los vapores del vino viejo, marearan tantas cabezas; sus gestos, más halagüeños que nunca, y sus ademanes, atractivos de snyo y acrecentados entonces en sus atracciones adrede, tenían toda la seducción fabulosa de las imaginarias sirenas, cual su corazón todas las sirtes; y hablaba con el abandono de quien se aturde para olvidar algo molesto, y con la elocuencia propia de quien tiene una fantasía vivaz y una sensibilidad movediza, las cuales, á cada paso estallan, por su propio íntimo natural, en fuegos artificiales de mentidas y engañosas palabras. Y mientras María le hablaba de su amor, de sus caricias, de sus esperanzas, de sus proyectos

para lo porvenir, en el cuarto de arriba; ¡oh! en el cuarto de abajo, los asesinos, congregados ya lo preparaban todo para el sacrificio, con la fría indiferencia del carnicero que apercibe y prepara una res á la muerte. Bothwell, aquel amante, que debía sustituir en la cama nupcial á la víctima, como Rey futuro de la perturbada Escocia, y tercer marido de la proterva María, daba órdenes desde las cámaras del palacio real, para consumir el infame atentado, y dirigía en tropel, con varias consignas, á los asesinos, para que no se perdiese la menor minuciosidad, y no marrase de ningún modo el terrible golpe. Así, á las once de la noche, *Páris*, el jefe de la tremenda confabulación, subió al cuarto de los esposos á fin con su presencia de recordar á la Reina cómo había sonado la hora de partirse y entregar el Rey á su horrorosa muerte. María estaba comprometida con Darnley, según espontáneas promesas á pasar todas aquellas noches á su lado. Por consiguiente maravillóse mucho éste de que se fuese, y le preguntó con cierta reconversión amorosa cómo así faltaba en aquel momento, á su real palabra tan creída por el amor de su alma, y cuyo cumplimiento necesitaba su enamorado corazón. La taimada mujer dijo al amante marido que aquella tarde se había casado una de sus damas favoritas con uno de sus favoritos gentiles-hombres; y celebrándose bailes, conciertos, y otras fiestas, en su propio real palacio, necesitaba sin remedio, asistir y honrar tan legítimos y naturales saraos, según promesa dada solemnemente, con su real persona y presencia. El Rey sintió mucho la resolución de su esposa y Reina; pero sometido á tan soberana voluntad, no sospechó un minuto de lo sincero de sus excusas, tanto más cuanto que le prometiera volver á la mayor brevedad posible y pasar pocas horas en sus regocijados salones. Después de una corta porfía, inevitable cuando el amor trata de ausencia, Darnley besó la mano de su esposa, y María le miró para salir con su más amoroso mirar. Aquel beso de Darnley, clavado en la mano de María, y aquella mirada de María clavada en los ojos de Darnley, fueron las últimas expresiones de cariño cambiadas en el regio matrimonio antes de la eternal separación. María vió las falsas llaves que franqueaban las vendidas puertas; pisó la pólvora derramada en el suelo con sus breves y ligeros piés; miró cara á cara los siniestros esbirros preparados al infame asesinato; y sin experimentar ninguna vacilación de las naturales en trances tan supremos; y sin retroceder á la vista de tantos preparativos aparejados contra el esposo de su corazón y contra el padre de su hijo, lanzóse con aire descuidado y ligero, cual si ningún peso apesadumbrara su ánimo, á los placeres y vértigos de la fiesta pasando del obscuro cepo, donde se hallaba un hombre preso para la muerte por su confianza en ella y por su amor, al iluminado castillo, cubierto de guirnaldas y preseas, donde se oían las cadencias de las orquestas y los pasos de la danza en mezcla con el orgiástico choque de las copas y el voluptuoso eco de mil alegres canciones. En cuanto el Rey se vió libre de la fascinación, que sobre su ánimo ejercía la Reina, entregóse á tristes presentimientos, y aun á incontrastables sospechas. Quizás, de haber